

El emigrante

Elite, 1952-07-19.

– Aquí tiene Ud. el pasaje, don Antonio.

El anciano que está a mi lado recoge el documento, lo lee despaciosamente, me mira un poco de soslayo, y dirigiéndose al empleado, que no deja de observarle, le dice a media voz:

– Yo creo que sería mejor arreglar los papeles de regreso, por si acaso.

Pero se retira pensativo hasta una de las sillas cercanas y se sienta. El empleado le sigue observando con una sonrisa ambigua, de ironía y compasión. Después vuelve a atender a otros clientes.

Don Antonio se cruza de brazos, pega su barbilla al pecho, y queda mirando al suelo. Yo no sé lo que verá allí don Antonio pero está muy serio, muy serio.

Andará por la curva de los 70. Tendrá que hacer algunas maniobras: cuidarse del reuma, acostarse con botellas calientes, tomar el sol en la plaza del pueblo, tostar sus pies en el fogón durante el invierno, pero la curva la dará bien, y enfilará la recta de la próxima decena como un valiente que aspira ir más lejos aún. Tiene el pelo blanco, pero recio y rebelde. Aún pisa fuerte al andar. Y tiene las mejillas sonrosadas como un muchacho.

* * *

Esta Agencia de Viajes no es como otras. Aquí, además de los servicios que acostumbran prestar otras que se dedican al mismo negocio, se ofrecen algunos que no se tienen para nada en la cuenta al pagar. También la clientela es un poco especial. La mayoría se conocen, se saludan con efusión, y se cruzan preguntas por sus respectivas familias; llaman a los empleados por sus nombres y tratan sus cosas en tono familiar. Esto en New York no es frecuente; para un visitante extraño a la casa hasta resulta inaudito.

El local es pequeño. Aproximadamente la mitad está ocupado por los empleados. La otra mitad, separada por un mostrador, está casi siempre llena de clientes. En el centro hay una mesa grande; encima cubierto con un vidrio grueso, un mapa de la ciudad. Aquí se orientan los que buscan una dirección o simplemente quieren utilizar el Metro para andar sin objeto por la ciudad. A los lados, dos hileras de sillas casi siempre ocupadas por gente que conversa animadamente. Generalmente son personas de edad mayor, y casi siempre hombres. Es fácil observar por sus ropas, que vienen del campo, que son gente de vida ruda. no porque vistan mal; sino, al contrario, porque se les ve un poco incómodos dentro de sus camisas recién planchadas, bajo la presión de sus corbatas de colorines, bajo el peso incómodo de un flamante traje nuevo. Tienen casi todos aire de campesinos acomodados, y prósperos.

La mayoría de los clientes de esta singular Agencia de Viajes son inmigrantes. Inmigrantes que llevan 30, 40 y hasta 50 años viviendo en los Estados Unidos. Generalmente se trata de pastores o labradores vascos; campesinos españoles, casi siempre gallegos y franceses, procedentes la mayoría de la vertiente pirenaica.

Y el dueño del negocio, don Valentín Aguirre, es inmigrante también. Un vasco que llegó aquí hace más de 60 años, cuando New York no era, ni mucho menos, lo que es hoy. Ha visto crecer la ciudad a esa velocidad de vértigo con que se está produciendo el desarrollo de este gran país. Don Valentín va a celebrar dentro de poco su 80 aniversario. Es un hombre alto, fornido que aún trabaja vigorosamente al frente del negocio. Y seguro que será por mucho tiempo aún. Este hombre extraordinario de una fortaleza y un corazón igualmente grandes, ha echado tan grandes, tan profundas raíces en este pueblo, que ya su segunda patria tiene exigencias sustanciales en su vivir. Todos sus hijos han nacido aquí; aquí van naciendo también sus nietos. Pero dentro queda el mocetón que dejó un día su tierra en viaje de aventura fértil y honrada, y le gusta hablar de su tierra, de su pueblo. Don Valentín conoce muy bien los problemas de los inmigrantes. Porque él no ha sido siempre hostelero, ni se instaló como agente de viajes cuando llegó con la blusa al hombro. Pero esta es ya otra historia. De su vida dura y agitada, y siempre ejemplar, hablaremos en otra ocasión. Para mi objeto de hoy sólo quería decir que el motivo principal por el que se reúne aquí tanto inmigrante es que don Valentín es inmigrante también y hombre al que se le puede pedir cualquier consejo, cualquier favor, cualquier servicio, con la seguridad de recibir atención cumplida y bondadosa.

* * *

Don Antonio, el que está pensativamente sentado en esa silla, es inmigrante también, claro! Yo le observo detenidamente. El hombre sigue mirando fijamente al suelo. De pronto levanta la cabeza y pregunta desde donde está:

-¿No ha venido Valentín?

-No, pero ya no tarda.

Y vuelta a mirar fijamente al suelo. Cuando tiene que consultar personalmente a don Valentín es que no se trata de un asunto de simple trámite. Tiene que ser algo más serio. Por eso no insiste el empleado. Por eso se sonríe resignadamente.

El caso de don Antonio no es único. Lleva ya varios días en New York. Ya anteriormente hizo otro viaje, hace casi un mes; habló detenidamente con don Valentín y regresó a sus tierras. Volvió a venir hace unos días y pidió que le arreglaran el pasaje. Ahora todo lo tiene listo; el embarque está fijado para mañana. Pero algo en la cabeza de don Antonio anda dando vueltas y más vueltas...

Sigue mirando al suelo, como si hubiera localizado todo el torbellino de ideas en un solo clavo del entarimado.

Yo me acerco a don Antonio y me siento a su lado. Al cabo de un rato le pregunto:

- Qué, ¿cómo va ese viaje?

- Pues mañana! -me dice levantando la cabeza. -Mañana, a las ocho de la noche...

¿Qué hora tiene Ud.?

– Las cuatro.

– Y Valentín no viene! Y ya ve Ud., sólo me queda un día.

– Se le está haciendo largo, eh!

– Cómo que largo! Pues no crea, no crea que largo. ¿Cuántos años cree Ud. que llevo en América?

– Pues no se... veinte.

– Cuarenta y siete, cua-ren-ta y sie-te!... ¿Qué le parece, eh?

Yo le digo con un gesto que me parecen muchísimos. Entonces el hombre se abre en confidencias. Lo estaba necesitando; lo he visto en cuanto ha empezado a hablar.

Antes se ha acomodado mejor y me ha mirado a los ojos.

– Yo llegué aquí en 1905. Entonces conocí a Valentín. Buen hombre ese Valentín! Todos estos años los he dedicado a trabajar duro, cultivando mis tierras, y ni siquiera me ha quedado tiempo para visitar mi pueblo. Qué quiere Ud., uno se hace a esto! La tierra es buena, la gente es buena, uno va ganando su vida y se queda, como me he quedado yo.

– Tiene Ud. algún familiar aquí?

– No, nadie... Ni aquí, ni "allá" –y el anciano sonríe un poco forzosamente, enseñándome una hilera completa de dientes nuevos...

– ¿Ni se casó tampoco?

– No, no; casar, tampoco. "Woman, woman"!... Es que no tiene tiempo para nada!

Ahora comprendo en su entera crudeza la situación de este hombre que ha llegado a la vejez sin un solo familiar que le atienda. Ahora que ha reunido una "plata" vuelve a su pueblo sin esperanzas de regresar a su hogar. El hombre comprende que me ha impresionado e insiste como bromeando:

– Nadie aquí y nadie allá. Tengo amigos, claro, pero cuando uno llega a los 67 como yo, comprende que eso es poca cosa. Tengo algunos sobrinos de "segunda mano", hijos de unos primos míos, ese tipo de sobrinos que siempre le salen al americano que "huele un poco a plata". Pero de eso ya estoy escarmentado; yo sé lo que le pasó a Serafín, un amigo mío que regresó así como yo. Por fin murió en una Casa de Misericordia. A mí no me pasa eso, no!!

Yo no me atrevo a hablar siquiera. Este anciano, aún erguido y valiente, enfundado moleestamente en ropas nuevas, estrujándose nerviosamente sus manos callosas, que le tiemblan un poco, lleva además el lastre de una terrible desconfianza en el corazón; desconfianza hacia quienes quizá podrían endulzar los últimos años de su vida. Pero hay la experiencia triste de su amigo, y esto también es verdad.

– ¿Casarme dice Ud.? –prosigue como si esta no fuera la primera vez que hila y deshila la misma idea– pero si eso es también una calamidad!... "Women, women!!"... Por uno feliz he visto diez que no lo han sido ni poco ni mucho. La mujer es un "bicho raro"; sólo vive al lado de uno para gastarle lo que gana... Que si gasto aquí, que si gasto allá... No hombre!...

– Bueno –me atrevo– y ahora?

–Ah!, bueno, ahora... pues no sé, ya veremos a ver... –y otra vez queda con la mirada fija en el clavo aquél de la tarima.

* * *

- Y Valentín no viene –dice como hablando consigo mismo, al cabo de un rato.
- ¿Tiene que arreglarle algún papel?
- Sí, si no no salgo de aquí... Mire Ud. yo llevo aquí muchos años, pero resulta que aún no soy residente. Y ahora me dicen que con las leyes que hay no puedo regresar una vez que salga del país... Pues eso es!... Si acabo de enterarme de eso hace un rato!...
- Entonces, ¿Ud. piensa volver?
- Pues no sé. Yo voy para quedarme, pero "wait a minute"... Y si aquello no me gusta, si allí no me encuentro bien!...

Yo no quiero insistir, Don Antonio el emigrante queda otra vez mirando al suelo, dándole vueltas a la cabeza y esperando a don Valentín para pedirle que le arregle los papeles del regreso antes de salir para su casa, después de 47 años largos de ausencia... Y después de este tiempo, yo no sé qué se imaginará don Antonio que hay allí, y qué le dirán las cosas que estaban en aquel clavo del entarimado y que él resume con aquéllo...